

lición de alemanes y magyares que se llama dualismo, forma la principal trama de la historia de Austria en los diez años subsiguientes á Sadowa.

El veinticuatro de Diciembre de mil ochocientos sesenta y siete se constituyó el ministerio común, dándose la cartera de Negocios Extranjeros al conde de Beust, la de Hacienda al barón de Beck y la de Guerra al general John; y el primero de Enero de mil ochocientos sesenta y ocho tomó posesión el ministerio cisleithano, bajo la presidencia del príncipe Carlos Auersperg, «primer caballero del Imperio», y compuesto en su mayoría de simples burgueses, abogados ó profetores. Por esto se le llamó «ministerio de los villanos». Brestel, ministro de Hacienda; Giskra, de lo Interior, y Berger, sin cartera, especie de ministro de la opinión, eran parlamentarios de mil ochocientos cuarenta y ocho. Brestel volvió á arreglar la Hacienda, que de nuevo había embrollado Larisch, al extremo de haber en la deuda de Austria, á fines de mil ochocientos sesenta y siete, sesenta y ocho categorías distintas de títulos y obligaciones, con catorce tipos de interés. Era aquello un verdadero caos. Hubo que apelar á una medida extrema, la conversión forzosa, por más que fuese todas las trazas de una media bancarrota. Giskra y Herbst, ministro éste de Justicia, reorganizaron la administración y la justicia, separándolas una de otra en todos los grados. La prensa no tuvo otro tribunal que el jurado. Una ley militar, elaborada de acuerdo con el gobierno húngaro, fijó para diez años el contingente en ochocientos mil hombres y estableció el servicio obligatorio, tres años en el ejército activo y siete en la reserva. Hasner, ministro de Cultos y de Instrucción, logró sacar triunfante el principio de la instrucción obligatoria. Pero la gran obra del primer ministerio parlamentario fueron las leyes confesionales de Mayo de mil ochocientos sesenta y ocho, que, aboliendo las concesiones hechas á la Iglesia en lo tocante al matrimonio y enseñanza y restaurando los derechos del poder civil, daban el golpe de gracia al Concordato. Estas leyes fueron calurosamente discutidas en ambas Cámaras, y sancionadas de mala gana por Francisco José. En el consistorio de veintidós de Junio, Pío IX las declaró nulas y de ningún efecto, y dispensó á los pueblos de la obligación de cumplirlas. El clero de Austria rompió al punto la lucha, prescribiendo los obispos en sus pastorales á los fieles no obedecer las leyes. Esta conducta sublevó la indignación pública. El ministerio y los tribunales profesaban la doctrina de que el Concordato carecía de valor en todo lo que fuese contrario á la constitución; pero los negociadores que Beust enviaba á Roma, se hacían órganos de la curia antes que de su ministro, sintiéndose sostenidos por una influencia más alta. Condenado el fogoso Rudiger, Obispo de Linz, por una pastoral en que excitaba á la rebelión, á quince días de cárcel, fué indultado, sin haberlo solicitado, sin que el Emperador hubiese consultado á sus ministros. Evidentemente, Francisco José no gustaba de la política que en punto á religión seguía su ministerio; pero no tenía más remedio que soportarla. El caso de la monja Bárbara Ubrik, que fué hallada en

un calabozo del convento de Carmelitas de Cracovia, enardeció las iras populares, dió nuevo golpe á la influencia clerical y puso á la orden del día la supresión de los conventos y la expulsión de los jesuitas. En mil ochocientos sesenta y ocho, todavía el clero austriaco poseía mil millones y medio en tierras: el Obispo de Grau tenía quinientos mil florines de renta (un millón doscientos cincuenta mil francos); el de Olmütz, trescientos mil, y muchos conventos, más de doscientos mil.

Esta violenta agitación clerical se unió y reforzó á la federalista, ya de suyo muy viva. Los tchecos, precipitados por la caída de Belcredi de la cúspide de sus esperanzas, publicaban el veintidós de Agosto de mil ochocientos sesenta y ocho su *Declaración*, afirmando que «los países de la corona de Bohemia jamás habían mantenido unión real con un Estado austriaco, y menos con un Estado de Cisleithania; que de tiempo inmemorial tenían el derecho de elegir libremente su propio rey, caso de extinguirse la dinastía, y formar un Estado independiente; que la nación tcheca no se creía obligada por los tratados limitativos de sus derechos y aprobados sin su participación entre la dinastía, Hungría y otras naciones, y sostenía enérgicamente que las relaciones entre el reino de Bohemia y Austria no podían fijarse sino por un tratado entre el rey y la nación, en el sentido político é histórico». El gobierno se esforzó en vencer esta resistencia por todos los medios, hasta el de poner en estado de sitio á Praga, sin que por esto consiguiera calmar á los tchecos, los cuales formaron poderosas asociaciones para afirmar y difundir el sentimiento de su nacionalidad, de su origen eslavo y de su posición en el imperio. En Mayo de mil ochocientos sesenta y ocho, el acto de poner la primera piedra del teatro nacional, construído á orillas del Ultava, en Praga, fué motivo de imponente manifestación nacional, y el mismo mes, al pie de la montaña Rip, donde era tradición que habían hecho alto los tchecos á su entrada en el país, se organizó, con miles de habitantes venidos de todos los puntos de Bohemia, una serie de manifestaciones, en que se aclamó el programa nacional conteniendo las reivindicaciones de la nación, la independencia de Bohemia, la igualdad de las lenguas tcheca y alemana y el sufragio universal. Programa semejante adoptaba en Galicia la fracción democrática dirigida por Smolka, la cual, sostenida también por el pueblo, se impuso á las vacilaciones de la nobleza y á las resistencias del grupo gubernamental acaudillado por Ziemiakowski, é hizo adoptar, en Septiembre de mil ochocientos sesenta y ocho, la *Resolución*, en que se pedía restringir la competencia del *Reichsrath* á los negocios comunes, é instituir en Galicia una justicia autónoma y un gobierno responsable. Los slovenos se agitaban á su vez; los italianos de Trieste provocaban motines, y los servios de las bocas del Cattaro, para escapar á la aplicación de la nueva ley militar, se lanzaban á la insurrección, que no se logró reprimir hasta el once de Enero de mil ochocientos setenta y uno. Todo este movimiento iba dirigido contra Cisleithania, y merecía por su gravedad que el gobierno y sus partidarios reflexionasen

acerca de la situación. «Salvemos del centralismo lo que aún puede ser salvado», decía Giskra. Se agasajó á los polacos concediéndoles el uso de su lengua como lengua oficial en Galicia, y ampliando la competencia legislativa de su Dieta, lo que aceptaron, sin perjuicio de seguir reclamando lo demás. Otro tanto, menos el uso de la lengua, se ofreció á los tchecos, y una cartera además, á lo que no se dignaron siquiera contestar. El ministerio estaba dividido. La minoría presentó al emperador un programa de conciliación; la mayoría, una contra-memoria de resistencia. El emperador optó por la resistencia, nombrando á Hasner presidente del gabinete, el primero de Febrero de mil ochocientos setenta. Mas los vencedores no tenían confianza en sus fuerzas. Giskra, habiendo fracasado en su tentativa de negociación con los tchecos, se retiró el veintidós de Marzo. El *Reichsrath* había votado una ley, autorizando al gobierno á proceder á elecciones directas en las provincias cuyas Dietas se negasen á elegir sus diputados, y por otra ley, el gobierno extendió esta autorización á todo distrito cuyo diputado no fuese á ocupar su asiento. La medida iba dirigida contra los firmantes de la *Declaración* y de la *Resolución*. La respuesta de los eslavos fué retirarse sus diputados del parlamento, que se halló reducido á un centenar de representantes alemanes. Sin mayoría formal, forzado á tratar con los insurrectos dálmatas, que no había podido reducir, el ministerio hubo de dimitir el cuatro de Abril, cediendo el puesto á la minoría, bajo la presidencia de Potocki.

En Transleithania, se formó el ministerio el veinte de Febrero de mil ochocientos sesenta y siete, bajo la presidencia de Andrassy. Hortwath se encargó de la cartera de Justicia; Eotvos, de la de Instrucción pública y Cultos. Al día siguiente del coronamiento de Francisco José, nueve de Junio, se decretó una amnistía, que abrió las puertas de la patria á ilustres desterrados, como los generales Klapka y Türr. El nuevo mecanismo de las Delegaciones no empezó á funcionar hasta el primero de Febrero de mil ochocientos sesenta y ocho, instalándose la húngara en Viena, al lado de la cisleithana. La lucha política fué muy viva en Hungría. Frente á los deakistas se formaron tres partidos vigorosos: la izquierda, dirigida por Keglivicz y Jokay, y teniendo por órgano el periódico *Hon* «El País»; el centro-izquierda, cuyos jefes eran Tisza y Ghyeczy, y su órgano *Hazunk* «La Patria»; la extrema-izquierda republicana, que acaudillaban Boeszœrmenyi y Madaraz, y tenía por órgano *Magyar Ujsag* «Los Nuevos Magyares». La izquierda y el centro-izquierda se unieron el veinticinco de Marzo, para el triunfo de un programa que contenía la supresión de las Delegaciones y del ministerio común y la separación del ejército. Esta violenta oposición no impidió llevar adelante la obra de reconstituir el país. La instauración del régimen parlamentario requería grandes reformas orgánicas, que diesen más unidad al Estado, más autoridad á sus representantes. A esto dedicaron su actividad las Dietas de mil ochocientos sesenta y ocho y mil ochocientos sesenta y nueve, que realizaron una labor legislativa asombrosa. En instrucción pública, por una ley de vein-

titres de Junio, se quitó de raíz al clero su influencia en la enseñanza; en el orden judicial, se despojó á los comitatos de la facultad de elegir jueces, instituyéndose, en lugar de éstos, una magistratura basada en la competencia probada y rodeada de todas las garantías de independencia; en el ramo de lo Interior, se reorganizó la administración de los comitatos, aumentáronse las atribuciones de los representantes del poder ejecutivo y se restringió el derecho de elevar representaciones, de que tanto se había abusado. En varios extremos, el ministerio fracasó ante la oposición de los magnates, y se empezó á hablar de reformar la Cámara alta; pero no era tiempo aún de plantear tamaña reforma. La izquierda no desperdiciaba ocasión de combatir el dualismo, explotando contra él los recuerdos de mil ochocientos cuarenta y ocho, como explotaba contra Deak la prestigiosa memoria de Kossuth. Pero los mismos partidarios del venerando patriota tomaron por su cuenta la defensa de Deak, y Perczel, Klapka y otros generales de la revolución se adhirieron al gobierno, aceptando mandos en el ejército territorial de Hannover, que dependía del gobierno y del parlamento húngaro. También la corte ayudaba á Andrassy, mostrando los soberanos por Hungría una simpatía que no dejó de lastimar á menudo á los austriacos. En los conflictos que al principio surgieron entre los generales austriacos y las autoridades húngaras, éstas quedaron siempre triunfantes. Veíase claro ya que Hungría acabaría por imponerse á Austria.

Agravaba la posición del gobierno húngaro la protesta de las nacionalidades, Transilvania y Croacia, contra el dualismo. Transilvania, donde había medio millón de magyares, fué simplemente anexionada, con pérdida de su autonomía. Bajo la influencia de uno de sus jefes religiosos, el metropolitano ortodoxo Schaguna, que predicaba «paciencia», los rumanos se resignaron, hasta que, apurado su sufrimiento, entró en escena el partido de acción, empujado por Vicente Babes, profesor más tarde en Bukarést, y Jorge Baritsin, uno de los historiadores de su nación; mas sus esfuerzos, proseguidos hasta mil ochocientos noventa y cuatro, fueron completamente vanos. Con Croacia, cuyo disgusto podía llegar á ser peligroso y cuya población contaba pocos magyares, se concluyó en mil ochocientos sesenta y ocho un compromiso, cuyos extremos eran: autonomía completa en lo tocante al gobierno interior, justicia é instrucción pública; subordinación, en los asuntos militares, financieros y comerciales, al parlamento de Petz, reforzado, para este caso, con los delegados de la Dieta croatiana, veintinueve en la Cámara baja, dos en la alta, y debiendo formar parte de la delegación húngara cuatro de los primeros y uno de los segundos; nombramiento del *Ban* croatiano, que no podría ser militar, por el rey, á propuesta del ministerio húngaro; representación de Croacia en el gabinete de Pest por un ministro sin cartera, encargado exclusivamente de los negocios de su país; declaración del croatiano como idioma oficial en Croacia; por último, dejación á Croacia, para sus gastos interiores, del cuarenta y cinco por ciento de sus ingresos,

suma que en ningún caso podría bajar de dos millones doscientos mil florines. La Dieta de Agram votó este concierto, especie de segundo dualismo, el quince de Septiembre de mil ochocientos sesenta y ocho; el diez y nueve, un rescripto real lo sancionó, y el veinticuatro, los treinta y un diputados croatianos, elegidos por su Dieta, entraban, en medio de ruidosos aplausos, en el parlamento húngaro. Pero la mayoría de la población croatiana era contraria á la unión con Hungría; la Dieta de mil ochocientos setenta y uno, compuesta en gran mayoría de nacionalistas, pidió la abolición del compromiso; la que lo había votado elevó en varias ocasiones protestas contra la manera injusta de aplicarlo, y se efectuaron en Agram manifestaciones anti-húngaras, de carácter bastante grave. Esta agitación repercutió en la violenta forma de insurrección, que fué al punto reprimida, en los Confines, los cuales, no teniendo ya razón de ser, fueron incorporados parte á Hungría, parte á Croatia, y por este aumento de territorio, Transilvania elevó un dos por ciento su cuota en los gastos de la monarquía. Los húngaros juzgan muy liberal su ley de las nacionalidades de mil ochocientos sesenta y ocho; pero las nacionalidades siguen quejándose aún hoy contra la tiranía de los magyares.

Al aconsejar á su soberano que aceptase el dualismo, sólo pensaba Beust en asegurarse la libertad de acción en Alemania, para saldar sus cuentas con Bismarck, á quien odiaba con toda su alma. Su pensamiento inmediato era aliarse con Francia, ganarse á Italia, reconciliarse, en apariencia á lo menos, con Rusia, y proteger á los cristianos de Oriente; su fin último, conseguir una victoria sobre Prusia y restaurar en Alemania el régimen anterior á mil ochocientos sesenta y seis, ó, caso de no ser esto posible, formar, entre Austria y los tres Estados del Sur, una unión que sirviese de contrapeso á la Confederación del Norte. Para anudar la alianza con Francia, preparó la entrevista de Francisco José con Napoleón III en Salzburgo; para preservarse, caso de guerra, de cualquier sorpresa por la parte de Italia, negoció con la corte de Florencia; ofreció á Rusia la libertad del mar Negro, aunque sin resultado, porque Rusia estaba segura de obtenerla con menos costo de su alianza con Prusia; logró decidir á la Puerta á evacuar la ciudadela de Belgrado, y se exhibió como bienhechor de los serbios. Respecto de Prusia, adoptó en Alemania una actitud casi provocadora, tolerando los manejos de la corte de Hannover, que, refugiada en Hietzing, cerca de Viena, despachaba emisarios y lanzaba folletos, á ciencia y paciencia de la policía austriaca. Las relaciones entre Viena y Berlín fueron poniéndose más tirantes cada día. Claro es que Beust contaba con el próximo conflicto franco-prusiano y que se preparaba para la lucha. Pero le salió un enemigo de donde menos pensaba, de su propia casa. Hungría, lejos de interesarse por aquellos hermosos planes de política alemana, los combatía á la sordina. Preveía que un triunfo en Alemania pondría en peligro su reciente independencia, y aun sin contar con esto, la política de Beust miraba hacia el Occidente, en tanto que los intereses

húngaros se hallaban concentrados en Oriente. Andrassy se valió, como instrumento, de la delegación húngara, que se imponía siempre por razón de su composición. Los cuarenta delegados de la Cámara baja transleithana, elegidos, excepto los cuatro croatas, de una sola lista por toda la asamblea, solían pensar de la misma manera y formaban un solo cuerpo, al paso que los cuarenta delegados austriacos, elegidos aisladamente por los diputados de cada provincia, disentían no solamente en el terreno político, mas también en el nacional, y esto les condenaba á perpetua inferioridad. Cuando las dos delegaciones, no pudiendo llegar á un acuerdo, se reunían en una sesión común para votar, sin discusión, las cifras propuestas, la delegación húngara se mantenía unida y compacta, mientras que de la austriaca siempre lograba la corte separar á algunos grandes propietarios ó eslavos, que necesitaban de su benevolencia. Esto acaeció ya en mil ochocientos sesenta y nueve, en que, contra la voluntad de la mayoría de los delegados austriacos, se votó el presupuesto militar tal como lo proponía el ministerio. Bien podían los húngaros alardear de pura y ardiente fidelidad, si llenaban de compatriotas suyos, á nombre de la paridad, las administraciones comunes, contrarrestaban las intenciones belicosas del canciller y se inmiscuían en la política exterior de la monarquía. Los acontecimientos de mil ochocientos setenta apresuraron su triunfo. Después de Sedán, resuelta definitivamente la cuestión alemana á favor de Prusia, no le quedó á Austria otro camino que volverse hacia Oriente, con lo que Hungría pasó á ser el factor principal de la política austriaca.

Dejamos pendiente en Cisleithania la cuestión de las nacionalidades, en cuyo arreglo el ministerio Potocki no adelantó un paso, ni con los tchecos ni con los gallegos. El único acto por el que este ministerio se hizo acreedor á mención, fué la denuncia del concordato, curiosa por lo chistoso de la causa en que la fundó. Acababa de ser proclamada la infalibilidad pontificia, y basándose en que esta declaración modificaba la condición de uno de los contratantes, transformándole en persona distinta de aquella con quien se había concluido el tratado, el emperador, á propuesta del ministro de Cultos, ordenó el treinta de Julio denunciar el opresor concordato, que durante quince años había pesado, como losa de plomo, sobre Austria. El siete de Febrero de mil ochocientos setenta y uno, Potocki hubo de ceder el puesto al conde de Hohenwart, «modelo de gobernantes», según Giskra. *Ministerio de los bohemios* llamó el pueblo de Viena á este gabinete, por serlo los ministros de Instrucción y de Justicia. La cartera de Comercio se confió á Schäfte, de pensamiento profundo, que había sido despojado por su hostilidad á Prusia de su cátedra de Tubinga é indemnizado con otra en Viena, é iniciador de una política proseguida más adelante con fortuna.

El *Reichsrath*, alemán en su mayoría, se mostró hostil al nuevo ministerio. Sin miramientos le atacó Schmerling al tomar posesión de la presidencia de la Cámara de los